



EL ESPECTÁCULO DE LA VIOLENCIA O LA POLÍTICA DEL MIEDO: De los feminicidios a la violencia generalizada en México

MARIANA BERLANGA GAYÓN

Profesora-investigadora de la Academia de Ciencia Política y Administración Urbana, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Doctora en Estudios Latinoamericanos. Durante los últimos 16 años, ha investigado el feminicidio en Ciudad Juárez, así como su vínculo con los asesinatos de mujeres en América Latina, específicamente, en Guatemala.

RESUMEN

En los últimos doce años, la violencia se ha propagado en México de una manera nunca antes vista. El horror se ha vuelto cotidiano, pues lo asumimos como parte de nuestra "normalidad". Los cadáveres de personas han pasado a constituir parte del paisaje de las principales ciudades, al punto de circular en grandes camiones, porque no hay espacio suficiente para almacenarlos. Este trabajo ubica el comienzo de estas formas de violencia "espectaculares" en los años 90, con los asesinatos de mujeres de Ciudad Juárez, Chihuahua. Y explica este fenómeno a partir del concepto de la "pedagogía del horror", propuesto por la antropóloga Rita Laura Segato. La extrema visibilidad que presentan las nuevas formas de violencia, crean y recrean un campo de guerra en el que hombres armados precisan *performar* y reafirmar su masculinidad. La violencia se reproduce siendo los cuerpos más débiles el blanco idóneo para propagar una política del miedo.

PALABRAS CLAVE:

Feminicidio.

Violencia.

Estética del horror

RESUMO

*Nos últimos doze anos a violência se propagou no México de uma maneira nunca antes vista. O horror se tornou cotidiano, pois o assumimos como parte de nossa "normalidade". Os cadáveres das pessoas passaram a constituir parte da paisagem das principais cidades, a ponto de circular em grandes caminhões de transporte porque não há espaço suficiente para serem armazenados e sepultados. Este trabalho aborda o começo destas formas de violência "espetaculares" nos anos 90, com o assassinato de mulheres de Ciudad Juaréz, Chihuahua, México. Este fenômeno é visto a partir do conceito da "pedagogia do horror", proposto pela antropóloga Rita Laura Segato. A extrema visibilidade segundo a qual são apresentadas as novas formas de violência criam e recriam um campo de guerra no qual homens armados precisam *performar* e reafirmar a sua masculinidade. A violência se reproduz, sendo que os corpos mais frágeis são o ponto alvo para se propagar uma política do medo.*

PALAVRAS-CHAVE:

Feminicidio.

Violência.

Estética do horror



El escenario mexicano se ha transformado radical-

mente de unos años para acá. En los últimos dos sexenios, la violencia se ha convertido en el pan nuestro de todos los días. Amanecemos con información de balaceras, secuestros, levantamientos de personas, hallazgos de fosas clandestinas, etc. En poco tiempo, nos hemos acostumbrado a vivir en medio del horror: a convivir con estadísticas que han rebasado los límites de lo creíble y también con imágenes que muestran el horror. Para quienes vivimos en territorio mexicano, se ha vuelto común tener por lo menos un conocido que haya sido víctima de algún crimen. No es necesario ser delincuente ni sospechoso de nada para que la violencia nos “toque”.

En este preciso momento vivimos una coyuntura esperanzadora, porque por primera vez en la historia de este país, ganó la oposición al partido hegemónico que gobernó más de setenta años. Por primera vez, se respetó el ejercicio democrático en donde la mayoría de las personas votaron a un candidato de izquierda. Sin embargo, en los primeros cinco días de gobierno del nuevo presidente Andrés Manuel López Obrador, se contabilizaron 70 ejecuciones en el país. Esto da cuenta del escenario que tiene que enfrentar el nuevo gobierno y de los mensajes que el crimen organizado está enviando.

La desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa tras la agresión de policías municipales la noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre de 2014, marcó el sexenio del presidente saliente Enrique Peña Nieto. Este acontecimiento conocido a nivel internacional, en realidad, no fue una excepción sino que significó la confirmación de la regla. Fue la constatación de la crisis institucional por la que atraviesa el país. Las consignas callejeras de: “Todos somos Ayotzinapa” y “Fue el Estado”, expresadas en las manifestaciones multitudinarias a finales del 2014, no son una exageración. Resume el sentir de las personas de a pie: es la certeza de que a cualquiera le puede pasar.

Los últimos dos sexenios, el de Enrique Peña Nieto y el de Felipe Calderón Hinojosa, dejaron un saldo de 234 mil 996 asesinatos y alrededor de 50 mil desaparecidos, según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). La desaparición de los 43, sin embargo, fue paradigmática en el sentido de que nos colocó frente al verdadero problema: los agresores dejaron de ser anónimos. Eran policías y el presunto autor intelectual, un alcalde que representaba al partido de izquierda. Según testigos, hay indicios de que el Ejército y la Policía Federal estuvieron involucrados. Hasta ahora, ningún nivel de gobierno ha podido explicar qué sucedió ni por qué se los llevaron.





El problema de la violencia en México solía explicarse a partir del crecimiento de las bandas criminales ligadas al narcotráfico. Hoy sabemos que el problema es mucho más complejo. La frontera entre el Estado y el crimen organizado se ha diluido completamente, pero también las fronteras entre lo lícito y lo ilícito, lo legal y lo ilegal, los delincuentes y la gente “de bien”.

La violencia ejercida contra este grupo de estudiantes no solo fue desproporcionada, sino sumamente visible, por no decir ostentosa. Solo puede leerse como un acto de poder, un mensaje enviado al resto de ciudadanos, sobre todo, a aquellos que como los normalistas (alumnos que están estudiando para ser maestros) de Ayotzinapa, mantienen una posición crítica frente al gobierno. Mientras 43 fueron “desaparecidos”, 6 fueron ultimados. El cadáver de uno de ellos, sin embargo, apareció mutilado en el lugar donde ocurrieron los hechos, como si los asesinos lo hubieran dejado ahí de manera intencional.

La imagen del rostro desfigurado de Julio César Mondragón recorrió los medios de comunicación y las redes sociales en los días posteriores al 27 de septiembre. A este estudiante lo masacraron. Los asesinos se dieron el tiempo de torturarlo, sacarle los ojos, arrancarle el rostro y dejar su cadáver expuesto en plena calle, a la vista de todo mundo. ¿Cómo leer el que desaparezcan a 43 personas y, al mismo tiempo, hagan aparecer un cadáver con todas esas marcas de violencia? ¿Cuál es el mensaje? ¿Cómo leer esta combinación entre la falta y el exceso de rastros?

El rostro desollado de Julio César da cuenta de una saña y una brutalidad aparentemente inexplicables. No se trata de una violencia instrumental solamente, ya que terminar con su vida fue –aparentemente– apenas uno de los objetivos. Aunque el joven guerrerense fue la víctima directa, en realidad la agresión estuvo dirigida al grupo de personas que él representa: jóvenes en una situación de precariedad económica, normalistas rurales, estudiantes indígenas y críticos con el gobierno.

El exceso y la brutalidad con que fue asesinado denotan una demostración de fuerza y un despliegue de poder. A partir del rostro desollado, los asesinos dejan evidencia de lo que son capaces, y con ello, también dejan claro lo que puede sucederle a cualquier joven que pueda identificarse con Julio César.



La desaparición de los 43 tuvo un carácter ostentoso, espectacular. Ocurrió a la vista de todo mundo, tras una persecución y una balacera, pero la forma en la que ocurrieron los hechos no fue producto de la casualidad. La aparición del cadáver de Julio César fue lo que le imprimió la dosis de horror. La violencia ejercida contra él fue desmedida, desproporcionada, brutal, porque el exceso tiene una finalidad comunicativa, no instrumental.

Se trata de un mensaje que se envía a la sociedad en su conjunto, pero específicamente, a la población joven. No hay que comprender la violencia para sentir su impacto, para entender que en cualquier momento podemos ser la siguiente víctima. El efecto que se quiere producir es el miedo, mismo que va acompañado de confusión e incertidumbre. La población de Iguala ha dado cuenta de que ese ha sido el clima en ese contexto en los últimos años, pues los normalistas de Ayotzinapa no han sido los únicos violentados.

Meses antes, el 30 de junio del 2014, 22 jóvenes aparecieron acribillados adentro de una bodega en la comunidad de San Pedro Limón, en Tlatlaya, Estado de México. Después, se supo que la masacre fue perpetrada por miembros del Ejército Mexicano. Las autoridades aseguraron que se trataba de un grupo de delincuentes, lo que en todo caso, habla de una ejecución extrajudicial. Aun así, poco se sabe sobre estos jóvenes. En las fotografías de la escena del crimen que circularon, se pueden observar los cadáveres “acomodados” y junto a ellos, armas de grueso calibre que, claramente, les fueron sembradas. Aquí también surgen varias preguntas: ¿Cómo llegamos hasta este punto? ¿En qué momento la violencia se convirtió en espectáculo? ¿A qué responde y a quiénes les sirve el horror?

En pleno 2018, el espectáculo de la violencia sigue ocupando los titulares de las primeras planas de los periódicos. Recientemente, en el estado de Jalisco, 273 cuerpos fueron encontrados en el interior del llamado “tráiler de la muerte”. Después se supo que esa es la nueva modalidad para apilar los cadáveres que ya no caben en las instalaciones del Servicio Médico Forense. ¿Cómo podemos justificar un acto tan atroz que deshumaniza y desvaloriza la vida? Los cadáveres que fueron encontrados son la muestra cruel de un estado mexicano carente de ética y ultra-violento. En este contexto, la existencia pareciera no tener sentido ni importancia. Así nos lo han hecho ver a lo largo y ancho de México; las mujeres y niñas, hombres y niños, ya no contamos en este país porque nos matan, nos violan, nos torturan y nos desaparecen.



EL FEMINICIDIO: EL COMIENZO DEL ESPECTÁCULO



La “espectacularización” de la violencia en México comenzó en los años 90 con los asesinatos seriales de mujeres en Ciudad Juárez, Chihuahua, y otras ciudades de la frontera norte de México. Se sabe que matar mujeres no era una novedad en territorio mexicano, pero lo que llamó la atención de estos crímenes fue su visibilidad. Resultaban sumamente ostentosos. De hecho, resultó imposible “no verlos”.

Los cadáveres de mujeres –con una serie de marcas de extrema violencia– comenzaron a ser parte del paisaje desértico de Juárez, al “aparecer” en basureros, lotes baldíos y campos abandonados. No bastaba con aniquilar a la víctima, había que llevarla hasta un lugar público una vez muerta. Había que exponer el cadáver, dejarlo a la vista de quien pasara por ahí: muchas veces desnudo o semidesnudo, con marcas de violencia extrema. Como lo explicó la periodista de *El Paso Times*, Diana Washington, no cualquiera podía estar detrás de estos asesinatos:

Sólo un grupo altamente organizado podría llevar a cabo crímenes a tal escala, y con una secuencia de delitos como el secuestro, violación, tortura, asesinato, así como almacenamiento y traslado de cadáveres. Este grupo, que en apariencia incluye a la policía, ha logrado operar sin ser descubierto por años (WASHINGTON, 2005, p. 70).

Puede decirse que en ese momento se traspasó una frontera de dimensiones éticas y estéticas. La evidencia del horror quedó a la vista, como si fuera algo que hubiera que exhibir. Como si se tratara de un trofeo del cual hubiera que ufarse. Los asesinos estaban tan preocupados por matar como por anunciar esos asesinatos. El aniquilamiento de las mujeres parecía ser, de hecho, apenas el primer paso del objetivo. Además del agresor y de la víctima, había más personas implicadas: aquellas a quienes estaban destinados los mensajes y, aquellas que por la razón que fuera, presenciaban el horror.



El “secreto” que comúnmente rodea a un crimen se diluyó completamente. A nadie le preocupaba ocultarlo. Todo lo contrario: los cadáveres comenzaron a ser “sembrados” en lugares estratégicos, justamente, para que pudieran ser vistos. Y aunque el mensaje no era fácil de descifrar, el miedo se instaló como una reacción obvia, inevitable.

DIMENSIÓN EXPRESIVA DE LA VIOLENCIA

En los asesinatos seriales de mujeres en Ciudad Juárez se observó un patrón que los diferenciaba del resto de homicidios de mujeres. Se trataba de crímenes que hablaban de una especialización, los cuales requerían de la participación de más de una persona y en los que se observaba todo un despliegue de recursos.

No estamos hablando de los asesinatos que se dan en el ámbito doméstico, en donde el victimario y la víctima tienen una relación. Tampoco estamos hablando de un homicidio espontáneo ni de un asesino solitario. Estamos hablando de una práctica mucho más sofisticada, en donde las mujeres son secuestradas en el transcurso del día y “aparecen” muertas después de varias semanas.

Ciudad Juárez se ha distinguido también por los asesinatos seriales y la exposición de los cadáveres en un mismo lugar. Un ejemplo fue el controvertido caso del Campo Algodonero, conocido por los ocho cuerpos localizados ahí en el año 2001. La denuncia que distintas organizaciones llevaron ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, derivó en una sentencia del organismo internacional que en el año 2009 declaró al Estado mexicano responsable de los crímenes por “cuestiones de género” (CIDH, 2015).

Dicho *modus operandi* ha sido reiterado desde la década de los 90, por lo que el caso del Campo Algodonero fue solo un botón de muestra: un caso en el que tres de los ocho cadáveres pudieron ser identificados y por eso es que fue posible integrar el expediente para llevar a cabo la denuncia. La misma Diana Washington dio cuenta de varios casos con el mismo patrón:



Cuatro homicidios múltiples de mujeres fueron reportados entre 1993 y 2003: ocho en el Lote Bravo en 1995; nueve en Lomas de Poleo en 1996; ocho en un lote de un campo algodonero en la avenida Ejército Nacional en el año 2001; y seis en el Cristo Negro, en 2003 (WASHINGTON, 2015, p. 45).



En el patrón de Juárez, por lo tanto, destacan la visibilidad de los asesinatos, su espectacularidad y también el exceso. Los cuerpos encontrados dan cuenta de una saña y una violencia brutal. Este exceso parece no tener sentido cuando se sabe que en estos casos, los victimarios no tenían ningún tipo de relación con las víctimas. Las marcas de violencia, por lo tanto, a decir de Rita Laura Segato, tienen una intención comunicativa. No son “asesinatos de odio” como suele llamárseles, porque aquí lo que está en juego no son los sentimientos de los asesinos. Lo importante, a decir de Segato, son los mensajes que se están enviando a partir de este tipo de prácticas.

Para la antropóloga argentina radicada en Brasil, el feminicidio dice mucho de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, pero sobre todo, dice mucho de la relación de los hombres con otros hombres (SEGATO, 2007). De acuerdo con ella, el mensaje más importante en el acto feminicida no es el que dirige el victimario a su víctima, sino el que manda el asesino a sus pares:

En ese sentido, no es a la víctima a quien dirigen su discurso los perpetradores, sino a sus pares, en una demostración de capacidad de muerte y de crueldad probada en la víctima, que los habilita a participar de la hermandad mafiosa, en la cual se da un pacto de semen, un pacto de sangre en la sangre de la víctima, que sella la lealtad de grupo y, con esto, produce impunidad (SEGATO, 2007, p. 39).

El cuerpo femenino muerto y con marcas de extrema violencia, desde esta perspectiva, constituye parte de un código utilizado por las bandas delictivas. Las mujeres muertas se convierten en un instrumento comunicativo, pero los interlocutores más importantes son otros hombres que están en una posición de paridad.

En el análisis del feminicidio, es importante tener en cuenta otro elemento analizado por Rita Segato y es el de la asociación entre cuerpo femenino y territorio. Desde su punto de vista, el feminicidio se explica como una forma de dominio territorial desde una lógica patriarcal: “La significación territorial de la corporalidad femenina –equivalencia y continuidad semántica entre



cuerpo de mujer y territorio- son el fundamento de una cantidad de normas que se presentan como pertenecientes al orden moral” (SEGATO, 2007, p. 40).

No es casualidad que en el momento actual en Latinoamérica exista una disputa de territorios por parte de las distintas mafias o cárteles del narcotráfico. El caso de México es evidente, pero también el de Guatemala, donde existen pandillas juveniles en las que se establecen rituales de paso. La práctica feminicida forma parte de estos rituales de paso.

El cuerpo femenino ha constituido, a lo largo de la historia, un lugar de escritura para delimitar territorio. Es, por lo tanto, el terreno material en el que tiene cabida la dimensión expresiva. Según Segato:

[...] cuando no nos quedan otros, nos reducimos y remitimos al territorio de nuestro cuerpo como primer y último bastión de la identidad, por ello la violación de los cuerpos y la conquista territorial han ido y van siempre de la mano, a lo largo de las épocas más variadas, de las sociedades tribales a las más modernizadas (SEGATO, 2007, p. 39).

REPRESENTACIÓN- REPRODUCCIÓN- CONTINUIDAD DE LA VIOLENCIA

Las fotografías del feminicidio en Ciudad Juárez que han circulado durante todos estos años muestran claramente el cuerpo femenino como ese lugar de escritura al que refiere Segato: los cadáveres aparecen amordazados, en el suelo, boca abajo, con las manos atadas, nos evocan una venganza, una condena, una represalia o un castigo. Es decir, no estamos hablando solamente





de un asesinato. Al ver estas fotografías, una se pregunta: ¿Qué fue lo que estas mujeres vivieron en sus últimos días, horas, minutos? ¿Por qué o para qué ese despliegue de saña?

Los cadáveres hablan: la posición en la que son encontrados y las marcas inscritas en la epidermis ya sin vida, nos dan una idea de los varios niveles de sufrimiento a los que fueron sometidas estas mujeres antes de morir. Los cadáveres revelan múltiples formas de la derrota; dan cuenta de todo lo que le puede ser arrebatado a un ser humano.

Las huellas de violencia extrema, que en muchos de los casos incluyen la violencia sexual, constituyen elementos que nos llevan a diferenciar el feminicidio del resto de los asesinatos. Lo que podemos apreciar es que la mujer, antes de ser eliminada fue ultrajada, torturada, violada. Hay elementos de una violencia específica que parece estar dirigida a su sexo y su sexualidad.

No todos los casos presentan evidencias de violación sexual, pero el cuerpo de la víctima está más presente que en otro tipo de asesinatos. El cuerpo sexuado parece tener un papel protagónico. Sobre él recae el exceso, la brutalidad, la violencia en su máxima expresión. A diferencia de los asesinatos de hombres, aquí el sexo de la víctima no pasa desapercibido. Como puede apreciarse en las imágenes de la escena del crimen, las zonas erógenas de las mujeres muertas constantemente aparecen sugeridas sino es que totalmente visibles. ¿Qué tipo de relaciones de poder revelan estas imágenes?

El exceso y la visibilidad del feminicidio también están relacionadas con la tortura y ésta es parte fundamental del mensaje que se envía: al grupo al que pertenecen las víctimas, pero también a quienes son testigos del horror. Para Rita Laura Segato, hay dos niveles comunicativos en el feminicidio: el nivel horizontal y el nivel vertical. En el nivel vertical, los asesinos están alertando al resto de las mujeres lo que les puede llegar a pasar. Y en el horizontal, están dando una demostración de fuerza a sus pares, es decir, a otras bandas delictivas, a otros hombres con quienes disputan el poder.

Las fotografías de prensa hacen más visible esta violencia y la acercan a los espectadores, una y otra vez. Una fotografía que en un primer momento puede conmover, después de varias repeticiones, genera indiferencia. Por otro lado, ayudan a fijar estas posiciones y terminan por normalizar la violencia que aparentemente están denunciando.



Durante los últimos veinte años, este tipo de imágenes dejaron de ser exclusivas de la prensa sensacionalista. Ahora son difundidas por los medios en general. Incluso, el periodismo de investigación ha incorporado este tipo de fotografías por considerar que dan cuenta de una realidad. Es el caso del diario *La Jornada* y la revista semanal *Proceso*. A partir del 2007, el espectáculo de la violencia en México adquirió otro matiz: puede decirse que se instaló como parte de la vida cotidiana de las y los mexicanos tras la declaración de la llamada Guerra contra el Narcotráfico por parte del ex presidente Felipe Calderón (2006-2012). La saturación de imágenes del horror nos confundió, nos paralizó, nos llevó a naturalizar el miedo, pero sobre todo, nos hizo sospechar de todo mundo.

Las imágenes de la violencia actúan como dispositivos para instalar el miedo, pero también para naturalizar la violencia y para dejar claro que en nuestra sociedad hay “sujetos sacrificables”, vidas que no importan y muertes que no merecen ser lloradas. Constituyen lo que Judith Butler ha definido como vidas precarias, es decir, aquellas vidas que no son reconocidas como vidas (BUTLER, 2006).

Las fotografías de la violencia colaboran en la construcción del sentido ontológico y político de la vida, por eso es que asistimos a un desplazamiento de valores. La dimensión comunicativa de la violencia se fortalece a partir de la reproducción de imágenes, cuyos mensajes se instalan en el imaginario social. De ahí que como dice la canción de José Alfredo Jiménez, en el México actual, literalmente “la vida no vale nada”.

Por eso es que no vemos gran diferencia entre las imágenes de la nota roja y las del periodismo de investigación, entre las fotografías de los medios de derecha y los de izquierda. Parece que esa forma de mirar y de valorar la vida ya está instalada. Hay una domesticación de la mirada, como dice Frederic Jameson (JAMESON, 1995), y no estamos ni siquiera pudiendo cuestionar nuestros modos de ver. Por lo tanto, tampoco estamos pudiendo reflexionar hasta qué punto la violencia se sigue reproduciendo, incluso, desde los discursos que aparentemente la denuncian.





DEL FEMINICIDIO A LA VIOLENCIA GENERALIZADA



En el año 2009, el periodista Alejandro Páez Varela apuntaba en el prólogo del libro *La guerra por Juárez*:

Nunca hubo una matanza tan grotesca y tan sangrienta en este país. Nunca en el México moderno. Esta enorme cicatriz marcará a la nación en todas sus expresiones. Lo reflejarán en el futuro inmediato la sociedad, el periodismo, las artes y la literatura. Quedará para los libros de texto (PÁEZ, 2009, p. 14).

Habían pasado dos años del anuncio de la estrategia del Gobierno Federal para combatir el narcotráfico y la delincuencia. Varias ciudades del país habían sido militarizadas, entre ellas, Ciudad Juárez, Chihuahua. Los integrantes del Ejército habían comenzado a hacer funciones de policías. La guerra declarada pareció ser una especie de luz verde para matar gente: fueran integrantes de bandas delictivas o no. Los índices de asesinatos y de desapariciones se dispararon. El Instituto Nacional de Geografía y Estadística, por ejemplo, reportó que entre el 2007 y el 2011 se cometieron 95,632 asesinatos en el país (LANGNER, 2012). Y junto con eso, el bombardeo de las imágenes de la violencia por parte de los medios de comunicación.

En un sexenio, nos acostumbramos a ver fotografías de ejecutados, decapitados, colgados en puentes. La dimensión expresiva de la que habla Segato para explicar el feminicidio se desplazó a otros sujetos: ahora, las víctimas en su mayoría eran hombres jóvenes pobres racializados. Este desplazamiento se puede constatar en el rostro desollado de Julio César Mondragón: lo que tenemos es un cuerpo masculino sobre el que recae toda la brutalidad y todo el exceso, con marcas muy parecidas a las de las mujeres asesinadas de Ciudad Juárez.

Si las mujeres víctimas del feminicidio son estigmatizadas por el ejercicio de su sexualidad – porque inmediatamente se les pone la etiqueta de “prostitutas” – en el caso de los hombres, el



estigma proviene de su edad y de su clase social: ser jóvenes y tener una situación económica precaria los convierte automáticamente en “sospechosos”. En México, la clase social empata con la raza, ya que la pobreza aquí tiene color. Estos jóvenes pobres, son generalmente morenos o con rasgos indígenas. La violencia generalizada en México, por lo tanto, ha venido a reforzar el clasismo y el racismo, y a partir de esos estándares crea un enemigo interno. Si en las guerras clásicas se luchaba contra un enemigo que solía estar afuera, en esta modalidad de guerra (si es que podemos llamarla así), el enemigo se fabrica al interior. La consecuencia es la ruptura del tejido social. Así lo ha explicado la periodista Marcela Turati:

La violencia se convierte en una amenaza permanente. Instauro el régimen de la desconfianza. Desintegra lazos sociales primarios. Carcome la vida en común. Se aloja donde se desenvuelven las relaciones humanas. Los lugares públicos se vuelven inseguros. Las fiestas ya no convocan gente desde que son profanadas. Los funerales se convierten en ritos privados a los que acuden únicamente los íntimos. Nadie quiere mantener el trato con la familia de un difunto. Todos son sospechosos (TURATI, 2011, p. 71-72).

Una vez más, estamos hablando de un escenario intervenido por cadáveres, solo que ahora expandido a lo largo y ancho del país. Se dice que en los últimos años, México se ha convertido en una gran fosa. Si en un primer momento, los cuerpos elegidos para “escribir” en ellos fueron de mujeres, ahora también son los cuerpos de los hombres jóvenes. Rita Laura Segato diría que asistimos a una feminización de estos sujetos, porque ese fenómeno suele darse con quienes están en una posición vulnerable o han sido directamente derrotados. Como sea, está claro que para el Estado mexicano hay vidas que no importan o muertes que no merecen ser lloradas. La impunidad y la dimensión espectacular de esta violencia han permitido que ésta se extienda y se reproduzca.

Las masacres de Tlatlaya y Ayotzinapa muestran que hay sujetos más vulnerables que otros y que sobre ellos recae la violencia de un Estado cada vez más corrompido, pero también cada vez más autoritario. La comunicación vertical, en este caso, parece ser la más importante, puesto que frente a la fuerza del Estado no hay otra equiparable. En ese sentido, queda la abierta la pregunta de si en México asistimos a una política del miedo dirigida. Si la violencia viene del Estado, hay elementos para pensar que sí.



Ahora que México está cambiando de gobierno, tendremos más pistas para pensar hasta qué punto se trata de una política pensada desde los más altos poderes. Tenemos un gobierno que reconoce explícitamente los niveles alarmantes de violencia que se registran. Pero eso no garantiza que se podrá revertir fácilmente el engranaje de intereses que existen detrás de todas estas muertes. La corrupción de los funcionarios, las bandas delictivas, el poder de los empresarios, la precarización del trabajo, la venta de drogas, la trata de personas y la ruptura de los lazos sociales son algunos de los problemas con los que se tendrá que enfrentar el nuevo gobierno.



BIBLIOGRAFÍA

- » BUTLER, J. **Precarious Life. The powers of mourning and violence.** London & New York: Verso, 2006.
- » JAMESON, F. **As marcas do visível.** Brasil: Editorial Graal, 1995.
- » PÁEZ, V. A. **La guerra por Juárez. El sangriento corazón de la tragedia nacional.** México: Planeta. Temas de hoy, 2009.
- » SEGATO, R. L. **Las estructuras elementales de la violencia.** Buenos Aires: Universidad de Quilmes. Buenos Aires, 2003.
- » _____. Qué es un feminicidio. Notas para un debate emergente. En: BELAUSTEGUIGOITIA, M.; MELGAR, L. (Coord.). **Frontera, violencia, justicia: nuevos discursos.** México: PUEG-UNAM, UNIFEM, 2007. p. 41.
- » TURATI, M. **Fuego cruzado. Las víctimas atrapadas en la guerra del narco.** México: Grijalbo, 2011.
- » WASHINGTON, V. D. **Cosecha de mujeres. Safari en el desierto mexicano.** México: Océano, 2005.
- » Consultas en Internet:
- » CONSEJO DE LA JUDICATURA FEDERAL. **Sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos sobre el caso del Campo Algodonero.** Disponible en: <<https://www.cjf.gob.mx/Reformas/articulosInteres/Caso%20Campo%20Algodonero.pdf>>.
- » LANGNER, A. Calderón, la tragedia en derechos humanos. **El Economista**, Ciudad de México, Nov. 2012. Disponible en: <<http://eleconomista.com.mx/sociedad/2012/11/19/calderon-tragedia-derechos-humanos>>. Accedido el 24 de enero del 2015.